

XXXVII

POR QUE hube yo de interceptar aquella carta odiosa y deplorable? Era una espina de más en la corona de espinas que se estaba labrando Tonino, creyendo adornarse con los laureles de la victoria y los mirtos del amor. Aquellos dos infelices tenían su castigo, cada uno en el otro; la expiación estaba en su apogeo. Yo no podía sino cobijarla con mi intervención. Separados bruscamente aquellos dos seres, se affigirían aun; era preferible dejar que les llegara el suplicio existente, incesante, inevitable del uno para el otro. ¡Yo estuve implacable en aquel instante!

—¡Que se destrocen y maldigan ellos mismos! exclamé; ¡que se destruyan la existencia uno á otro! ¡que se odien y estallen! puesto que ha terminado mi obligación *de protegerles*.

Volví á doblar la carta que había leído sin tocarla apenas, tanto me repugnaba. Pegué nueva y diestramente la caja, corriendo en busca de Perico, y la mandé á su destino.

—Querria llegar hasta Vervalt, le dije, pero me es indispensable acudir á casa de un amigo que me ha pedido un favor y

he vuelto sobre mis pasos. Anda, pues, á donde te han mandado; esto no es sino una hora de retraso, de lo que no tendrás que confesarte y que yo justificaré si te regañan.

Volvió á tomar el muchacho el sendero de los chalets de Sixto More, y yo me deslicé al través de los bosques hasta cerca de las grutas.

Vi á Tonino vagando cauteloso pero sin impacientarse. Acababa de llegar; no se había pues preocupado mucho por el temor de dejar á Felicia expuesta á aguardarle toda la mañana; no había previsto ciertamente que ella estuviese cohibida ni que una carta pudiese llegar á su casa é ir á parar en manos de su mujer. Recibió la carta en el camino, despachó al chico y desapareció entre las rocas, sin duda para leer en calma la misiva.

Noté perfectamente en sus ademanes la indiferencia altanera de quien, acostumbrado á la sagacidad, se cree ser impenetrable, y quien el fingimiento empieza por otra parte á cansar profundamente. ¿Iba á contestar? Llevaba siempre encima lapiz y libro de memorias, porque puede decirse que pasaba la vida tomando notas y calculando. Yo permanecía escondido á una distancia conveniente, y esperaba.

Pronto le vi reaparecer; acababa de destrozar en pequeños pedazos el carton que yo había vuelto á pegar tan cuidadosamente, arrojándolos en la hendidura del peñasco. Metióse la gorrita en el bolsillo sin cuidarse de magullarla ó no, descendiendo decididamente hácia *Diablerette*. No tenía, por otra parte, motivo alguno para esconderse, y no habían de faltarle pretextos para que su visita pareciese muy natural.

Dejéle pasar, poniéndome sobre aviso para lo que podía, ó mejor, debía ocurrir. Felicia había realmente explorado el plantío en el cual me había visto entrar, y no encontrándome,

pudo lisonjearse de poder verse aun con su amante en el lugar de la cita. Debía por lo tanto volar á su encuentro. Apenas habia yo tenido tiempo de concebir esta suposicion, cuando ya la ví aparecer corriendo.

Iba como intranquila, y observando en torno suyo, como si temiera que se la siguiese. Acercósele él naturalmente, hablóle sin duda en sentido consolador, penetrando con ella en el mismo bosque en que estaba yo.

Perdíles de vista, pero no cesé de oír, muy cerca de mí, el ruido de sus pasos sobre el brezo seco y quebradizo. Creí por un momento que se alejaban; el ruido de su voz me des- preocupó. Habian penetrado en la parte musgosa de una continuacion de pequeños claros que se encadenaban hasta allí donde yo me habia refugiado; íbanse aproximando á medida que yo retrocedía. Evidentemente el lugar que me habia parecido mejor para observar sin ser visto, era el que iban buscando para ellos, el cual debian ya conocer mejor que yo en todos los detalles de una localidad tan cercana al lugar de sus entrevistas.

Iba yo retrocediendo siempre sin ruido, pero debí detenerme luego detrás de una roca, á la otra parte de la cual los árboles y arbustos sumergíanse á pico en el precipicio de la torren- tera. Llegaron allí casi al mismo tiempo que yo. No habia ya más senda que recorrer; ¡era aquello el desierto, el silencio, la impunidad!

Sentáronse tan cerca de mí que tuve necesidad de retener el aliento.

—¡Qué ocurrencia te ha dado, decíale Tonino, de venirte por esas malezas, cuando era mucho más fácil penetrar en la gruta sin ser vistos de nadie!

—Pero no me hubiera librado de tí, respondió ella, y de sufrir abrazos que me humillan, porque roban mi voluntad, antes de que me contestaras á lo que te he escrito. Era pues preciso como ves.

—¿Crees tú, que si yo quisiera, podrias aquí resistirme mejor que allí?

—Aquí te resistiria. Con sólo levantar la voz despertaria, de seguro, tu miedo. Allí, dentro de aquella gruta maldita, si yo hubiera querido gritar y amenazar; allí eres tú el dueño; allí fué... ¡Oh! ¡la primera vez, fué á pesar mio!... No, no son- rias maliciosamente.... Luché todo un dia; y, cuando quise huir, cerraste la salida con tus brazos de hierro. ¡Empleaste la fuerza!

—¡Mientes!

—Fuí prisionera tuya á pesar mio; ¡lo juro ante Dios!

—¿Y es para volver á tus reproches sobre los recuerdos del pasado, que luego encontraste tan dulce como embriaga- dor, por lo que me has conducido aquí? Vamos pues á ver, ¿qué es lo que quieres? Tu carta está tan llena de locuras como las demás. Llamas negro á lo blanco; me amas y me aborreces; amas á tu marido y no me quieres sino á mí. Tie- nes remordimientos y no los tienes; quieres adoptar á mis hijos y no los puedes sufrir. ¡Veo pues que has perdido el ánimo! ¡No sé pues qué debo hacer de tí!

—Y eres tú sin embargo quien debe forzosamente encontrar el medio. Puesto que yo estoy loca, no seré yo en verdad quien dé con él.

—¡Pero tú estás haciéndolo imposible todo! ¡Nuestras vidas estaban perfectamente encauzadas! Nuestros matrimonios, que debian separarnos al parecer, nos habian asegurado la tranquilidad. No éramos ya responsables de la dicha do- méstica uno de otro, y esto era lo más importante; porque estamos demasiado apasionados para vivir juntos; ¡esto es

evidente! Tú con tu excelente y alegre marido, y yo con mi mujer salvaje, que es amable y me teme, no teníamos más que hacer sino amarnos con ardiente delirio en medio del misterio, sin el cual no existe verdadero amor, y reservar á nuestros embriagadores placeres aquellas horas venturosas que uno economiza y acecha anticipadamente y que saborea luego como un triunfo adquirido sobre el destino! ¿Hubo nunca en el mundo algo más hermoso, más tierno, ni más completo que nuestros primeros encuentros misteriosos? ¡El invierno los hacia más difíciles y más raros, por lo que me hacias cargos á mí, como si yo fuere el autor del invierno! Tu cerebro no se cansó de trabajar en este sentido, hasta que vino el disgusto y te entregaste de nuevo á la ternura de tu esposo. Como eres amiga de fantasear, creias molestarme con la jugarreta, y hablándome de ello, me volviste inquieto, desabrido y medio loco, á mi entender. Te prohibí de ser su esposa, y te lo prohibo aún, cuando el salvajismo del amor me exaspera; pero es preciso reflexionar mejor y reconocer que esta union exclusiva es imposible entre dos amantes que estén casados ambos. Sé pues razonable; no disgustes á ese buen Sylvestre, á quien quiero tal vez más de lo que tú le amas; porque tú eres harto ingrata con él; y en lugar de pasar el tiempo en inútiles remordimientos, sería mejor que guardaras tu secreto, ocultándole tus agitaciones é iras contra mí. Pues de no, acabará él por adivinar la causa perdiendo para siempre la tranquilidad. Yo á su vista, y á mi vez, tengo tranquila la conciencia. No le quiero ningun mal, y por su bien, capaz sería de meter mis manos en el fuego; es el único hombre de este mundo que me parece digno de respeto. No quiero en manera alguna arrebatarle su compañía, su mujer, ni su dicha. ¡El ignora, en verdad, que aquella mujer admirable en todos sentidos tiene sen.... necesidades de corazon, si quieres, que ni él, ni yo, ni nadie en el mundo puede satisfacer!—¡Vamos, no te incomo-

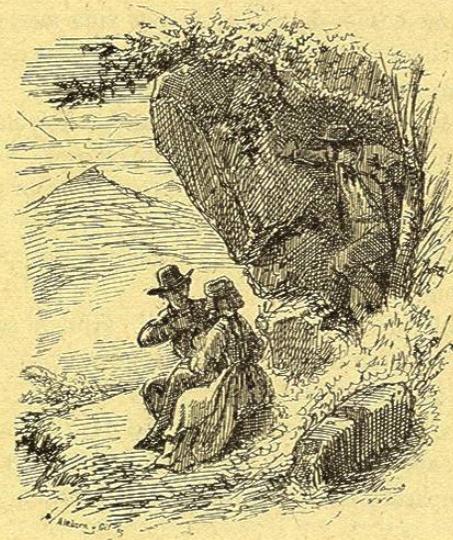
des, ni claves tus preciosas uñas en mi pobre brazo! Es tu elogio lo que estoy haciendo segun mi modo de ver; porque, si yo te adoro, es porque eres tal como te creo. Por otra parte, yo he querido ser tuyo, y tendría poca gracia olvidándolo! Yo lo he querido desde el primer latido de mi corazon. Yo adivinaba en tí, lo que ignoraba todo el mundo, lo que ni tú misma sabias; cierto vapor ardiente te envolvía como una nube al través de la cual no podia Sylvestre distinguirtte tan claramente como yo, que estaba continuamente sumergido en aquella atmósfera. Ten por cierto, que si este hombre sensato y puro te hubiera adivinado, no te se hubiera unido: hubiera podido ser tal vez tu amante, nunca tu esposo; pero se equivocó. Las personas que carecen de vicios, ven muy poco los de las demás. ¡Digo vicios, porque se llaman tales las pasiones! tú sabes que en el fondo me rio de ello y que no me las echo de virtuoso; pero Dios me hizo así. Que me traten de bruto ó de salvaje, me tiene sin cuidado. Sí, un hombre de mi temple, un ateo como yo, moralmente hablando, era el que debias haber encontrado y aceptado para conocer el amor y la vida.—Así pues, aun podemos ser felices uno y otro, sin quitarle nada á la dicha de tu marido ni á la de mi mujer. Ni el uno ni la otra nos conocen; ¡tanto peor para ellos! los cuales no necesitan de nosotros más que la deferencia y la amistad; pero, puesto que, despues de todo, no nos piden otra cosa, ni nada comprenden de nuestros desvaríos, convengamos en que es ello bueno para los cuatro, y en que hice yo bien, venciendo tus escrúpulos. Tú intentas destruir por capricho una resistencia que yo habia conseguido hacer plácida y razonable en nuestras respectivas casas, y únicamente abrasadora y deliciosa para nosotros dos....

Ruégote, pues, añadía él, que arregles tu vida, tus negocios, tu porvenir y el de tu propio marido, quien no desea sino entregarse al estudio de lo bello y lo bueno, é ignorar las emo-

ciones dolorosas. No te inquiete en nada la manera como amo yo á mi pastora ni el número de hijos que ella pueda darme, cuyas aspiraciones se reducen á criar una docena. No hay gran cosa que temer de los hechizos de una mujer que no tiene otra pasión que la maternidad. ¡Tener tú celos de Vanina! es tan absurdo como injusto; es casi inhumano... ¡Pobre Vanina! ¡Si me viera ella muriendo de amor á tus piés, caería muerta de admiración y abatimiento! ¿Quieres matarla, pues, tú, que eres tan grande como noble? No, no lo quieres, ni puedes quererlo, menos de lo que quiero yo matar al bueno y estimable Sylvestre, después de engañarle. Respetemos nuestros lazos, hé aquí toda la moral que yo comprendo y la sola que me explico, limitando á ella mis acciones, cuéstemelo lo que me cueste. Seamos, pues, buenos, amables y prudentes; y estaremos satisfechos de nosotros mismos, lo cual hará que nos contentemos uno de otro. Salvaremos nuestras alegrías, dedicando al trabajo, al deber y á los negocios las horas que nos separen. No disputemos por pequeñeces, por dinero ni por diferencias de tuyo y mio. Que estos son los pretextos que tú buscas ó á que te ases para desahogar la bilis. Déjame conducir la nave como yo lo entiendo. ¿Qué te importa que yo me coma mi capital, ó que arriesgue el tuyo? ¿Desde cuándo tienes tú dinero? ¿Qué es lo que puede querer hacer el dinero en nuestros amores? ¿No dices tú misma que ya no tendrás hijos y sé yo además que tu marido desprecia los escudos? ¿Vas ahora á volverte interesada, tú que jamás has trabajado ni acumulado sino para los otros? Creo pues haberte ya contestado á todo. ¿Tienes algo más que decir?

—¡Digo yo, exclamó Felicia irritada, que eres un vicioso y un pèrfido! ¡Admírome de que pisoteando cínicamente toda moral, vengas predicando acerca de los deberes domésticos! ¡Qué bien te sienta, á tí, eso de tomar la defensa de mi marido! Vaya, confiesa, pues, que tú estás ya cansado de mí! que no te vendrá mal de cuando en cuando hacer conmigo alguna locura

de amor, tomándome como objeto de aventuras amargas... para adormecer mis sospechas con una comedia de pasión sentimental, con palabras engañosas, con frases estudiadas de antemano, que no pasarán de ser un vil juego de labios. ¡El tiempo restante, amarás á tu mujer con toda tu alma y te reirás de mí en su compañía! Pero óyeme, sea ello mentira ó verdad, no quiero en manera alguna la parte que me ofreces.



No son ya éxtasis, palabras, suspiros ni rugidos lo que me hace falta, sino tu amistad, tu confianza, tu compañía, tu sumisión, es decir, tú, en todos los momentos de tu vida y la mía; es la parte de tu mujer lo que yo quiero... [A este precio cambiaré yo mi papel por el suyo; sea ella tu querida, tu aventura, tu distracción furtiva. Ya sé ahora las amarguras y ruindades

de semejante situación y la abandonaré sin celos; prefiero compadecerla á envidiarla. Hé aquí lo que quiero; ¿lo entiendes? Tú podrás venir, bajo el pretexto que quieras, á vivir en mi casa, é irás á verla á ella de cuando en cuando. Ella consentirá fácilmente, porque tú le hablarás el lenguaje seductor que usastes conmigo; ella se creará adorada, se creará triunfar de mí, ¡y seré yo quien se reirá de ella!

—Muy bien, repuso Tonino irónicamente. ¡Hé aquí una solución admirable! Pero ¿qué es lo que vamos á hacer de Sylvestre?

—¡Ah! no me hables de Sylvestre, por vida mía, si no quieres que me suba á lo más alto de estas rocas y me despeñe para siempre en las profundidades del abismo.

—¿Ya ves como te es él más caro que la vida, más que yo; y que, por lo tanto, hay motivo para estar celoso?...

—¿Pero no lo estás! Esto puede apreciarse á primera vista. Pues bien, yo, yo...

—¿Tú? tu estás celosa por amor propio; pero, afecto, no lo has sentido nunca hácia mí.

—Es posible. ¡No más que tú por mí! ¿Quién sabe? Puede que sólo nos haya unido el vicio, y nada más.

—Estás diciendo atrocidades.

—¡El hecho, y nada más que el hecho es lo verdaderamente atroz! ¡Anda, anda, déjame! Comprendo perfectamente cuál es mi suerte. Repararé mi falta. Amaré á mi marido, y... te olvidaré.

XXXVIII

QUISO Felicia alejarse pero él la retuvo. Era verdad que estaba cansado de ella, y que hubiera roto inmediatamente y á satisfacción sus relaciones, si el sórdido interés no se hubiera incubado en las entrañas de aquella pasión sensual. Hizo él indudablemente un gran esfuerzo para sacudir la fatiga de su espíritu y el abatimiento de su corazón. Hablóle entonces con aquella mezcla de elocuencia y prosaísmo que le era familiar, y cuyas interioridades no puedo permitirme sacar para mi relato las groserías seductoras ni las necedades. Descártome, pues, en cuanto es posible, de la parte cínica, es decir, de las palabras febriles, tan pronto exaltadas como chocantes, pero siempre perniciosas ó degradantes para la mujer que las oye y las admite. Indudablemente él estudiaba así en el rubor como en la palidez de Felicia el efecto excitante ó plácido de su argumentación entrecortada y absurda, tan pronto especiosa como irritante.

El término de aquella conversación, que debía desenlazar la situación y que la estrechó más apretadamente, fué que era preciso tener paciencia y esperar. Esperar... ¿qué? La res-